

ASPERGER'S CHILDREN

The Origins of Autism in Nazi Vienna

Por Edith Sheffer

W. W. Norton & Company,
New York, 2018

Psiquiatría infantil en tiempos de eugenesia

Asperger y el autismo

Al acometer el estudio del autismo, partimos del conocimiento de que las interacciones prosociales positivas contribuyen al desarrollo y mantenimiento de conductas adaptativas y cooperadoras. Por el contrario, las interacciones sociales anormales son síntomas debilitantes en diversas enfermedades psiquiátricas graves, en especial, en el trastorno del espectro autista (TEA). La disfunción en las interacciones prosociales constituye, sin duda, el síntoma nuclear del TEA. Pero ignoramos los mecanismos neurales precisos que subyacen bajo la sociabilidad, lo que impide el desarrollo de terapias racionales para tratar tales déficits, aunque esa situación podría comenzar a cambiar. Se están realizando investigaciones experimentales que atribuyen un papel central a la modulación de la liberación de serotonina.

El trastorno del espectro autista, sostiene la ciencia, es en muy alta medida hereditario. Lo que no significa minusvalorar la aportación de los factores ambientales que perturban el neurodesarrollo. Algunos casos del TEA son formas sindrómicas causadas por anomalías cromosómicas o por mutaciones de un solo gen, formas que a menudo se caracterizan por discapacidad intelectual, epilepsia y dismorfología craneofacial. La mayoría de los casos, sin embargo, son idiopáticos, con muchos genes implicados. ¿Cómo hemos llegado a ese estado de conocimientos?

El término autismo fue introducido en 1911 por Eugen Bleuler. Cobró carta de naturaleza en la cultura contemporánea en 1981, cuando Lorna Wing emprendió el estudio de la obra de Hans Asperger (1906-1980) y su tesis sobre los comportamientos autistas de los niños, aparecida en 1944. En 1938, en el transcurso de una conferencia, Asperger llamó psicópatas autistas a los niños con determinadas carencias mentales, cinco años antes de que apareciera el artículo de Leo Kanner, el cual se considera el origen del concepto moderno de autismo. En palabras de Erwin Schrödinger, Kanner pensó lo que

nadie había pensado sobre lo que todo el mundo ve. Wing acuñó la expresión «síndrome de Asperger» para designar la psicopatía autista. A mediados de los noventa del siglo pasado, había adquirido estatuto de condición patológica. Detrás del epónimo había un psiquiatra austriaco hoy controvertido.

Nacido en Viena, en cuya universidad estudió medicina, se formó profesionalmente en el Servicio de Vigilancia Terapéutica (*Heilpädagogisch Station*), centro que había fundado en 1911 Erwin Lazar, y alcanzó renombre internacional bajo la dirección de Clemens von Pirquet (1874-1929). Pertenecía a la Clínica Pediátrica de la Universidad de Viena. Lazar consideraba la pedagogía terapéutica (*Heilpädagogik*) descendiente directa de la psiquiatría, aunque las enfermedades psiquiátricas clásicas, como las psicosis, no solían diagnosticarse en los niños. Para él se trataba de psicopatías o desequilibrios mentales. Los niños se enviaban a instituciones asistenciales, a la policía o al juzgado. Con Lazar, la pedagogía terapéutica se inspiró en la biología criminal de Cesare Lombroso, los tipos constitucionales de Ernst Kretschmer y el psicoanálisis de Sigmund Freud.

Asperger entró en la Clínica Pediátrica en mayo de 1931, con Franz Hamburger (1874-1954), el sucesor de Pirquet. En 1935, se hizo cargo del Servicio de Vigilancia, pese a no haber obtenido todavía el doctorado. La plaza le correspondía, por méritos, a George Frankl, nueve años mayor y activo allí desde 1927, pero era judío. Dos años después de la promoción de Asperger, Frankl emigró a Estados Unidos, donde entró a trabajar con Leo Kanner en la Universidad Johns Hopkins. Otro empleado judío altamente cualificado fue la psicóloga Anni Weiss (1887-1991), quien más tarde se casó con Frankl. Abandonó Austria en 1935. Viena se había vuelto irrespirable para los médicos judíos. Asperger logró sobrevivir al nazismo y crearse una aureola de resistente opositor y contrario a la medicina racista que esa ideología impulsaba, ayudado por el creciente reconocimiento del síndrome. Pero su fama comenzó a declinar en 2016 con el libro de John Donvan y Caren Zucker, *In a different key: The story of autism*.

Se abrieron archivos y apareció un Asperger menos heroico y más contradictorio. En esa corriente desmitificadora se inscribe *Asperger's children: The origins of autism in nazi Vienna*, de Edith Sheffer. La tesis propuesta puede sintetizarse en la recuperación del informe de Asperger sobre la niña Herta Schreiber. El 27 de junio de 1941, dos meses antes de su tercer aniversario, la niña fue examinada por Asperger; había sufrido difteria y meningitis, dejándola con una discapacidad grave. La menor de nueve hermanos mostraba signos de trastorno de personalidad y retraso motor graves, además de idiocia y convulsiones. En su informe sobre Herta, agregaba que la pequeña constituiría una carga insostenible para la

madre, que debía cuidarse de cinco niños sanos y, por tanto, era absolutamente necesario su internamiento permanente en Spiegelgrund, un hospicio de enfermos mentales en los arrabales de Viena. El director médico de Spiegelgrund, Erwin Jekelius, antiguo colega de Asperger en la Clínica Universitaria, notificó, el ocho de agosto, la situación de Herta al Comité del Reich de Registro Científico de Enfermedades Hereditarias y Congénitas Graves, la organización secreta responsable de la eutanasia. En el escrito enviado a Berlín, Jekelius señalaba que Herta no tenía posibilidad de recuperarse, pero que su condición no limitaba su esperanza de vida, una combinación inaceptable a ojos de los expertos en eutanasia. El dos de septiembre, un día después de su tercer aniversario, murió de neumonía, la causa de fallecimiento más común en Spiegelgrund, inducida por administración de barbitúricos durante un período largo de tiempo. Allí, los nazis habrían de matar unos 800 niños entre 1940 y 1945.

El caso revela la contradicción que vivió Asperger. Por un lado, él declaraba que a los pequeños con discapacidad mental había que prestarles el mejor cuidado disponible, sin explicitar, por otro, qué hacer ante casos irrecuperables, a los que envía al centro de eutanasia. Y contrasta con su responsabilidad en la clasificación de los niños, a los que no duda en mandar a ese centro para su eliminación. A diferencia de los millones que murieron en las cámaras de gas, los asesinatos de niños en Spiegelgrund eran prolongados e íntimos. Los médicos examinaban

personalmente a los niños que condenaban. Las enfermeras los alimentaban y les cambiaban la ropa. La muerte se producía lenta y dolorosamente. Los niños morían de hambre o por sobredosis de barbitúricos.

Pudo Asperger medrar porque había abandonado su militancia en círculos confesionales y la asociación Lukas Guild de médicos católicos para contemporizar con las tesis nazis, lo que acabó con las posibles reticencias de las autoridades académicas. De esta manera logró en 1943 la habilitación que lo facultaba para entrar en el claustro universitario. Para la doctrina nazi, la medicina debía basarse en la ciencia y en la ideología del nacionalsocialismo. Sus tesis sobre los psicópatas autistas tuvieron, pues, que pasar el filtro de la liga de profesores nacionalsocialistas alemanes (*nationalsozialistischer Deutscher Dozentenbund*), que no puso objeción alguna.

Pasó en la Wehrmacht («Fuerza de Defensa») los dos últimos años de la guerra. Fue destinado a Croacia en diciembre de 1943. Tras la capitulación, Asperger volvió a la Clínica Pediátrica de la Universidad de Viena. Al no estar afiliado al partido nacionalsocialista no vio interrumpida su actividad académica. De hecho, de julio de 1946 a mayo de 1949 fue director provisional de la clínica pediátrica. En 1957 se trasladó a Innsbruck para dirigir la clínica pediátrica universitaria hasta 1962, cuando fue designado formalmente catedrático de la Clínica Pediátrica de Viena, el cargo más prestigioso de la pediatría austríaca.

Novedades Una selección de los editores de MENTE Y CEREBRO

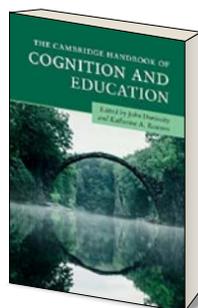


SOMOS LO QUE HABLAMOS

El poder terapéutico de hablar y hablarnos

Luis Rojas Marcos

Grijalbo, 2019
ISBN: 9788425357619
Págs. 272 (18,90 €)



THE CAMBRIDGE HANDBOOK OF COGNITION AND EDUCATION

John Dunlosky y Katherine A. Rawson (editores)

Cambridge University Press, 2019
ISBN: 9781108401302
Págs. 748 (56,99 \$)



LA NUEVA BIOLOGÍA DE LA MENTE

Qué nos dicen los trastornos cerebrales sobre nosotros mismos

Eric R. Kandel

Ediciones Paidós, 2019
ISBN: 9788449335655
Págs. 304 (24 €)



TERAPIA METACOGNITIVA PARA LA ANSIEDAD Y LA DEPRESIÓN

Adrian Wells

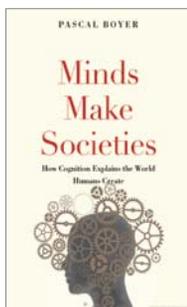
Desclée De Brouwer, 2019
ISBN: 9788433030238
Págs. 480 (33,25 €)

Aunque Asperger publicó al menos una docena de ensayos durante el período nazi, la atención ha recaído sobre todo en dos: *El niño mentalmente anormal*, de 1938 y *Psicópatas autistas en la infancia*, de 1944. En numerosas ocasiones defiende allí postulados de la medicina e higiene racional nazis, contribuyendo a su legitimación. El trabajo de 1938 comienza con una loa al Reich, en la que se lee que el todo es más que las partes, que el pueblo es más importante que los individuos; defiende la salud hereditaria, eufemismo de esterilización de los discapacitados, en cuya labor los médicos, dice, tienen que participar. Y ofrece el retrato del prototipo de niño autista: intelectualmente por debajo de la media, debilidad mental, que se conjuga con un mayor desarrollo de la parte instintiva o inteligencia práctica. En su trabajo de 1944, Asperger reiteró su creencia en que las posibilidades de desarrollo mental de todo individuo se encontraban primariamente determinadas por la constitución genética. Los estados psicopatológicos se anclaban en la constitución humana y eran heredables. Pero reconocía, lo que ha

servido en su descargo posteriormente, que los individuos con discapacidad tenían un lugar en la comunidad social, con unas habilidades que quizá no posean otros.

No abandonó su determinismo genético de la enfermedad mental. En 1952 publicó *Psicopatología de adolescentes criminales*, manual donde distinguía tres grupos de niños con defectos constitucionales u orgánicos como propensos a cometer crímenes: el tipo de los «inestables» o «desorganizados», el tipo de los que sufren lesión cerebral inducida por encefalitis y el tipo autista, con trastorno de los instintos, en particular los que poseen una inteligencia normal o por encima de la media. Pese a su énfasis en la herencia, omitiría cualquier alusión a la eugenesia. Si bien, para él, una inferioridad general heredada del sistema nervioso constituía la base etiológica común de la mayoría de los trastornos en la infancia. En algunos pasajes, ello se vinculaba a los estigmas degenerativos, unas anomalías corporales que reflejarían una constitución degenerativa de sus pacientes.

—Luis Alonso



MINDS MAKE SOCIETIES

How Cognition Explains the World Humans Create

Por Pascal Boyer

Yale University Press, New Haven, 2018

Cerebro social

Bases biológicas de la sociedad

El hombre es un mamífero social. Los penalistas saben que hasta los encarcelados más obstinados y endurecidos temen el confinamiento solitario. Los psiquiatras reconocen, por su parte, que un aislamiento social prolongado puede llevarnos a patologías fisiológicas y neurológicas muy dispares (depresión y cardiopatías, entre otras) e incremento de la tasa de mortalidad. Pese a ello, los expertos en política sanitaria avisan de que nos enfrentamos a una epidemia de soledad.

No es el único aspecto que está cuestionando las bases de la antropología social. Todo se ha puesto a revisión merced a los avances en paleontología, que reescriben con mayor detalle el origen africano del ser humano, en demografía y sociología, que hablan de una tendencia urbanita de los grupos humanos, o en el propio método, que ahora se pretende científico y busca en la biología las bases de una conducta que se creían dominio exclusivo de la psicología. El avance de la paleontología y de la ge-

nética devalúa los modelos recibidos sobre la evolución humana. A lo largo de los últimos 30 años, el conocimiento de precursores y primeros pasos de *Homo sapiens* ha experimentado un progreso muy notable. Aunque la investigación ha venido respaldando la tesis de que los humanos modernos se originaron en África hace unos 200.000 años, las conclusiones son ahora más matizadas, desentrañada la complejidad del proceso. Los últimos descubrimientos, como el de Marruecos de hace 300.000 años, nos revelan que *Homo sapiens* se cruzó con otras especies de homínidos y atestiguan una intensificación de la capacidad craneana de *Homo sapiens*.

Por lo que se refiere a las tendencias sociales recientes del hombre, la demografía muestra que nos estamos convirtiendo en especie urbana, alejándonos de lo que fuimos durante decenios de miles de años, una especie rural. La tendencia sigue imparable. En 1950, no llegaba a un tercio de la población el que vivía en las ciudades. Ahora lo hace más de un 50 por ciento y la proyección es que en 2050 se alcance el 70 por ciento. Cada semana, la población urbana crece en torno a 1,5 millones de personas. Se da por cierto ahora que en adelante tendremos que estudiar la ciudad como un ecosistema, si queremos unas ciudades mejores para los individuos y para el planeta. El hombre sigue, pues, evolucionando.

Por tanto, no existe razón alguna para no aplicar a su estudio el método científico, que nos ofrece una explicación precisa y exacta; exactamente igual que el resto de la naturaleza. Tal es la tesis aquí defendida por Pascal Boyer, psicólogo evolutivo y profesor Henry Luce de antropología de la Universidad de Washington en Saint

Louis. Al integrar conclusiones recientes del ámbito de la biología evolutiva, la genética, la psicología, la economía y otros campos, el autor ofrece modelos sobre la implicación de los humanos en la formación y desenvolvimiento de familias, tribus y naciones.

Por su peculiar historia evolutiva, la humanidad presenta rasgos únicos entre los organismos. Aquí nos importa, sobre todo, su construcción de sociedades complejas, trabadas jerárquicamente, basadas en familias y con funciones dispares para el varón y la mujer, en donde hallamos sistemas económicos, conflictos grupales, normas morales, etcétera. La nueva perspectiva no es un momento «ajá», la revelación de una nueva teoría de la sociedad. Lo que el autor presenta aquí es una acumulación de hallazgos científicos en diversos campos de la biología evolutiva, psicología cognitiva, arqueología, antropología, economía y otros. Huye de teorías generales de la sociedad para aportar respuestas específicas a cuestiones específicas, del tenor siguiente: ¿por qué las personas desean una sociedad justa? ¿Existe una forma natural de la familia? ¿Qué determina que hombres y mujeres se comporten de manera distinta? ¿Por qué existen religiones? ¿Por qué las personas se enzarzan en rivalidades grupales?

Sea por caso la solidaridad e insolidaridad entre los humanos. La especie humana invierte una gran cantidad de energía en conflictos entre individuos y entre grupos. La frecuencia, intensidad y naturaleza de los enfrentamientos varían de un lugar a otro. Ninguna población es inmune a la rivalidad y conflicto étnico, que puede elevarse de tono hasta la guerra civil y el genocidio. Recuérdese el antagonismo racial en Estados Unidos, la historia de los pogroms en Europa, el conflicto cruel subsiguiente a la disolución de Yugoslavia, las innumerables guerras étnicas de África y su culminación en las masacres raciales de Ruanda para hacerse una idea del alcance y crueldad de tales conflictos. Tenemos nombres para esas conductas: nacionalismo y tribalismo, entre otras denominaciones, que nos hablan de una pulsión de los humanos por situarse, en el enfrentamiento, junto a su comunidad, su pueblo, su clan o su nación. Se supone que las personas nacen con cierto grado de impulso agresivo que hemos de liberar.

Pero somos también cooperadores, extraordinariamente hábiles en la formación de grupos. Ninguna otra especie hace tanto cuando suma esfuerzos. Esa tendencia al agrupamiento tiene una base evolutiva. Vivir en grupo resulta beneficioso para los individuos, razón por la cual esa inclinación ha sido seleccionada en el curso de la evolución, fenómeno que se denomina sesgo de pertenencia a un grupo, que no se limita a preferir a los miembros del grupo sobre otros, sino que redundará también en muchos aspectos del conocimiento. No recibimos de la misma manera la información que nos viene de fuera del grupo que la que viene del interior del grupo, lo que refuerza vínculos e interacciones.

Vinculado a los roles de varón y mujer, y a la función de la sexualidad, no cabe duda de que el concepto de familia está sufriendo cambios profundos en nuestra sociedad. Antes, no se ponía en cuestión la existencia de la unidad familiar, de la familia natural, como constituida por los progenitores y su descendencia. Antes y ahora, los hijos demandan la asistencia de sus progenitores; cuántos progenitores se necesitan y qué tipo de asistencia es otro asunto. ¿Qué dice la ciencia de las relaciones familiares?

Importa no confundir lo natural con lo cultural. Para evitar disputas terminológicas, lo mejor es considerar la forma en que la selección natural privilegió tendencias y capacidades. El énfasis puesto en el parentesco como principio de organización, que se manifiesta con nitidez en las sociedades tribales, que se componen de diferentes clanes o linajes originados a partir de un antepasado común. El tipo más frecuente es el sistema patrilineal, en el que la progenie pertenece al grupo del padre o de los hermanos del padre, mientras que la madre y sus parientes constituyen otro grupo. Estos sistemas patrilineales van acompañados a menudo de residencia patrilocal, la forma más común de organización social. Hay otros sistemas más complejos, como los sistemas bilaterales, donde cada individuo pertenece a los dos grupos. Estas personas no tienen familia, pero el parentesco organiza su existencia. Desde los recolectores hasta las civilizaciones agrarias e imperios, pasando por sociedades de pequeños agrícolas, los humanos vivieron en un mundo social organizado en torno a lazos de parentesco.

A lo largo de los dos últimos millones de años, el linaje humano ha cambiado en su forma de gestionar la reproducción, el cuidado de la progenie y los grupos sociales. El desarrollo gradual de la caza tuvo un impacto enorme en la evolución humana, por cuanto aportaba acceso a una mejor nutrición, produciendo no solo más calorías, sino también lípidos y proteínas, que abundan menos en los vegetales. El acceso a una dieta más rica permitió la evolución de un cerebro mayor, con mayores capacidades cognitivas, de suerte que el tamaño del cerebro de *Homo habilis* se dobló en *Homo sapiens*. La nutrición es importante, porque el cerebro es el mayor consumidor de energía. Y evolucionó porque del mismo depende la gestión de las relaciones sociales. Al disponer de un cerebro más complejo, podían trabar relaciones sociales y de colaboración con otros, permitiendo una cooperación más eficiente. Ese hito evolutivo se combinó con la emergencia de parejas estables, una estrecha alianza entre varón y mujer comprometidos en la reproducción y el cuidado de la prole. En todas las sociedades humanas encontramos tales lazos estables entre parejas con exclusividad sexual, inversión conjunta en la crianza de los hijos, cooperación de los recursos. Ese ha sido el curso evolutivo, lo que dicta la biología. Otra cosa es la consideración cultural, dependiente de la ideología.

—Luis Alonso